

diferente para el mas bajo, tan contento con él como si le pusiesen en el mas alto, cosa es de mucha perfeccion, y para la cual es menester mucha mortificacion.

Habeis de estar siempre á punto, y muy dispuesto é indiferente para ir á cualquier parte del mundo á ejercitar estos ministerios, no solo á otro colegio, sino á otra provincia, y otro reino extraño, y á las Indias orientales y occidentales, y á Roma y Alemania, á Inglaterra y á la Transilvania, á donde nunca jamás podais ver á vuestros parientes y amigos, y ellos pierdan la esperanza de veros.

Cuanto á la pobreza, profesa la Compañía tanta estrechura y rigor (1), que no puede uno recibir ni tener ningun regalo en su aposento, no solo de comer, pero ni un libro en que pueda hacer una raya, ni llevarlo consigo cuando se fuere á otro colegio, y habemos de estar tan desnudos y deshechos de todas las cosas que, como dirémos tratando de la pobreza, no podemos echar llave á una arca ni á un cajoncillo para tener guardada alguna cosa, sino que todo ha de estar patente, abierto y manifiesto, como quien dice: Tomadlo si quereis, que no es mio.

Estas cosas y otras semejantes que hay en la Compañía bien se ve que hacen ventaja, así en perfeccion, como en dificultad, á todas las penitencias y asperezas exteriores; y así el que tuviere espíritu de

(1) Part. 3, tract. 3, cap. 7.

rigor contra sí, y deseare mortificarse mucho, y hacer grande penitencia (que es muy buen espíritu), tendrá las manos llenas en la Compañía. Y aunque ha habido algunos que tentados de la vocacion han pretendido cubrir y paliar su tentacion con color de mas perfeccion, y de hacer mas penitencia en otra Religion, la verdad es, que no es esta la causa ni el fin que les movia, sino el no poder llevar la mortificacion y perfeccion que se profesa en la Compañía; y de esto tenemos experiencia confesada por ellos mismos, y lo que mas es, declarada por la Sede apostólica. La Santidad de Pio V, que fue religioso de la sagrada Orden de santo Domingo, lo declara así expresamente en la bula que concedió á la Compañía contra los apóstatas que salen de ella, ó al mundo, ó á otra cualquiera Religion fuera de la Cartuja: donde despues de haber puesto la perfeccion, y la dificultad y trabajo grande que hay en el instituto de la Compañía, declara la raíz de la tentacion que algunos tienen de salir de ella, ó de pasar á otras Religiones, por estas palabras: *Nihilominus nonnulli animi levitate, ut credebatur, ducti, ac quietem labori, cui proculdubio Religiosi Societatis hujusmodi pro excolenda, et propaganda Christiana Religione, continuo erant expositi, ac privatum commodum publicæ, tam dictæ Societatis, quam Christianæ Reipublicæ utilitati, indiscrete præferentes, fucatisque coloribus asseren-*

## CAPÍTULO VIII.

*Que la mortificacion no es odio, sino verdadero amor, no solo de nuestra ánima, sino tambien de nuestro mismo cuerpo.*

*tes, se id facere ob frugem melioris vitæ, aut strictioris observantiæ, ad alios etiam fratrum Mendicantium ordines transire posse jactabant:* Algunos, dice, con liviandad de ánimo, y por huir el trabajo, al cual están continuamente expuestos los religiosos de esta Compañía por la salvacion de las almas, prefiriendo indiscretamente sus comodidades particulares al bien y utilidad comun, así de la Compañía, como de la república cristiana, con colores aparentes y fingidos, diciendo, que era por alcanzar mas perfeccion, ó por hacer mas penitencia, pretendian que se podian pasar á otra Religion, aun de los Mendicantes, etc. De manera que en realidad de verdad no es esto por deseo de mas perfeccion, ni por deseo de hacer mas penitencia, sino por huir el trabajo y la dificultad; porque no sienten en sí caudal ni virtud para tanta perfeccion y mortificacion, y para tanta indiferencia y resignacion como es menester en la Compañía. Pues por eso nuestro Padre insistió tanto en esta mortificacion, y quiere que nos ejercitemos y fundemos mucho en ella, y que este sea siempre el estudio de todos.

Porque habemos dicho, y es doctrina de los Santos, sacada del sagrado Evangelio, que nos habemos de aborrecer á nosotros mismos, y parece esa cosa muy dura y muy contraria á nuestra naturaleza, para que nadie se espante oyendo decir esto, ni tome de ahí ocasion para desmayar y dejarse de mortificar; declaremos aquí como este no es odio ni aborrecimiento con que nos queramos mal, sino verdadero amor, no solo de nuestra ánima, sino tambien de nuestro mismo cuerpo: antes el no mortificarnos es verdadero odio y aborrecimiento, no solo del ánimo, sino tambien del cuerpo. El glorioso Agustino (1) sobre aquellas palabras de san Pablo: *Spiritus concupiscit adversus carnem*, dice: *Absit fratres mei, absit, ut spiritus concupiscendo contra carnem oderit carnem*: No penseis, hermanos míos, que cuando el espíritu desea contra la carne, aborrece y tiene odio á la carne. Pues ¿qué es lo que allí aborrece? *Vitia carnis odit, prudentiam carnis odit, contentionem mortis odit* (2): Los vicios de la carne, sus astucias y malas inclinaciones, en

(1) August. lib. serm. de verbis Apost. serm. 6 ad Galat. v, 17.

(2) August. lib. de Morib. Eccles. c. 26; et lib. 14 de Trinit. cap. 14.



aquella ascension y contrariedad que la carne tiene contra la razon, esto es lo que aborrece, que á la carne antes la ama en mortificarla y contradecirla: como el médico no aborrece al enfermo, sino la enfermedad, contra esa pelea, que al enfermo antes le ama: y pruébalo muy bien; porque amar á uno, es quererle y desearle bien: *Amare est velle bonum*, dice el Filósofo (1), y aborrecerle es querer que le venga algun mal. Pues el que trate de mortificar su cuerpo, é irle á la mano en sus apetitos y deseos desordenados, quiere y procura por su cuerpo el mayor y sumo bien, que es el descanso y gloria eterna, y así ese es el que le ama verdaderamente; y el que no trata de mortificarle, sino que le deja seguir sus malas inclinaciones y apetitos, quiere y procura para su cuerpo el mayor mal que le puede querer y procurar, que es el infierno para siempre jamás; y así ese es el que verdaderamente aborrece su cuerpo. De la manera que dice el Profeta: *Qui diligit iniquitatem, odit animam suam*. Psalm. x, v. 6. El que ama el pecado y la maldad, aborrece su ánima, porque con eso le procura y negocia el infierno para siempre; de esta manera y por la misma razon, dice san Agustín, podemos decir que aborrece tambien su cuerpo, pues le procura y negocia el mismo mal. Y así dicen los teólogos (2) por esta razon,

(1) Aristot. lib. 2 Rethor. cap. 4.  
(2) S. Thom. 2, 2, q. 25, art. 5 et 7.

que los justos y buenos se aman mas á sí mismos, que los pecadores y malos, no solo quanto al alma, sino quanto al cuerpo; porque le desean y procuran el verdadero bien, que es la bienaventuranza, de la cual ha de participar tambien en su modo el cuerpo. Y añade santo Tomás, art. 5, ad 2, por esta misma razon, que el justo ama á su cuerpo, no con cualquier amor, sino con amor de caridad, que es el mas alto y aventajado amor.

Vese esto claramente por ejemplo de dos enfermos, de los cuales el uno come y bebe todo lo que le da gusto, y no quiere recibir sangría, ni tomar purga ni medicina alguna; y el otro se rige muy bien, y guarda la boca, aunque tiene mucha sed y hambre, toma la purga, aunque le amarga, y recibe la sangría, aunque le duele: claro está que ama mas su vida, y su cuerpo y salud este segundo, que por alcanzarla y conservarla quiere padecer un poco de trabajo en tener dieta, y en tomar las medicinas; y al otro antes le decimos que se degüella, por no querer sufrir un poco de sed y de trabajo. Pues de la misma manera es en nuestro propósito; y así lo dijo san Bernardo á unos seglares que se espantaban de sus monjes, por tratar tan mal sus cuerpos, diciendo que les tenían odio capital: á los cuales respondió el Santo, que ellos de verdad eran los que aborrecían sus cuerpos, pues por darles un poco de gusto

de deleites sensuales los obligaban á tormentos eternos; mas los monjes de verdad los amaban, pues los affigian un poco de tiempo para merecerles descanso perdurable.

Esta verdad nos enseñó bien claramente Cristo nuestro Redentor en el sagrado Evangelio. Porque diciendo: El que quisiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y tome su cruz, y sígame; da luego la razon dicha: *Qui enim voluerit animam suam salvam facere, perdet eam: qui autem perdiderit animam suam propter me, inveniet eam*. Matth. xvi, v. 25. Porque quien amare desordenadamente su vida, la perderá; y quien la aborreciere por amor de mí, la hallará en la vida eterna. Dice san Agustín sobre estas palabras: *Magna, et mira sententia, quemadmodum sit hominis in animam suam amor, ut pereat, odium ne pereat* (1). Advertid y ponderad esta sentencia de Cristo tan alta y tan maravillosa, que el amar el hombre su vida y su carne, dice que es aborrecerla, y el aborrecerla, amarla. *Si male amaveris, tunc odisti; si bene oderis, tunc amasti*: Porque si la amais mal y desordenadamente, será aborrecerla, y si sabeis aborrecerla como se debe, será amarla; porque será guardarla para la vida eterna, como dice el mismo Señor: *Qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam æternam custodit eam*. Joan. xii, v. 25. Concluye el Santo: *Felices qui oderunt custodiendo, ne perdant*

(1) August. tract. 51 super Joannem.

*amando*: Dichosos y bienaventurados los que supieron guardar su ánima para la vida eterna, aborreciendo aquí su carne, y no la perdieron amándola. *Noli amare in hac vita, ne perdas in æterna vita*: Por tanto, no la queráis amar en esta vida, porque no la perdáis en la otra.

Otra razon buena trae san Agustín (1) en confirmacion de esto: No solo deja, dice, de amar uno una cosa por amar otra mas que á ella. Y trae dos ejemplos que lo declaran. Claro está que no deja el enfermo de amar su pié, ó su brazo, por dejar que se le corten, cuando aquello es necesario para conservar la vida: harto amor les tiene él; pero mas amor tiene á su vida, y así deja perder lo menos, por no perder lo mas. Y cosa cierta es tambien, que el avariento tiene amor á su dinero, y desea mucho conservarle, pero con todo eso se deshace de él, y lo echa de casa para comprar pan y lo demás que es necesario para la vida; porque por mucho que ame el dinero, ama mas la vida, y así quiere perder lo que es menos, por conservar lo que es mas. Pues de la misma manera: no deja el hombre de amar su carne, por mortificarla; sino que ama mas su alma y la vida eterna: y porque para su alma, y para alcanzar la perfeccion y la vida eterna, es necesario mortificar y maltratar su carne, por eso la maltrata y mortifica: no es esto aborrecimiento ni falta de amor, sino es amar

(1) August. lib. de Doct. christ. cap. 25.



mas á Dios, y amar mas su alma y la perfeccion.

### CAPÍTULO IX.

*Que el que no trata de mortificarse no solo no vive vida espiritual, pero ni racional.*

El glorioso Agustino (1) dice: Una es la vida de las bestias, otra la de los Ángeles, y otra la de los hombres. La vida de las bestias toda se ocupa en las cosas de la tierra, y en el cumplimiento de sus apetitos; la de los Ángeles toda es tratar con Dios y de las cosas del cielo; la de los hombres es media entre estas dos vidas; porque el hombre participa de la una naturaleza y de la otra. Si vive segun el espíritu, hácese semejante á los Ángeles, y compañero de ellos; si vive segun la carne, hácese semejante á las bestias, y compañero de ellas. Concuera con esto lo que dice san Ambrosio: *Qui secundum corporis appetentiam vivit, caro est: qui secundum præcepta Dei, spiritus est* (2). De manera que el que vive segun los apetitos de la carne, no solo no vive vida espiritual, pero ni aun vida racional de hombre, sino una vida animal de bestias. Esto solo nos habia de bastar para animarnos mucho á la mortificacion; porque ¿qué cosa hay mas indigna de la generosidad y nobleza del hom-

(1) August. serm. 18 super Joann.

(2) Ambros. Psalm. cxviii, octavar. 4. super illud: *Adhæsit pavimento anima mea.*

bre, que fue criado á imágen y semejanza de Dios, y para gozar de él para siempre, que venir á ser semejante á las bestias, haciéndose siervo y esclavo de una cosa tan bestial como la carne y sensualidad, sujetándose y rigiéndose por ella, y dejándose llevar del ímpetu furioso de su apetito bestial?

Dice san Bernardo, c. 3 Medit.: *Dominam ancillari, et ancillam dominari, magna abusio est*: Grande abuso y desórden es que la esclava sea la señora y la que mande, y que la que es la señora, y la que habia de mandar, quede hecha esclava, que es aquel desórden y desconcierto que dice Salomon que vió: *Vidi servos in equis, et principes ambulantes super terram quasi servos*. Eccles. x, v. 7. Ví á los siervos andar á caballo hechos señores y mandando, y á los príncipes y señores andar arrastrados por tierra, sirviendo como esclavos. El P. M. Ávila, cap. 11 *Audi filia*, dice: ¿No os parece que seria cosa monstruosa, y de grande admiracion á los que la viesen, traer una bestia enfrenado á un hombre, llevándole donde ella quisiese, rigiendo ella á quien la habia de regir? Pues de estos hay tantos regidos por el freno de sus apetitos bestiales, bajos y altos, que por ser tantos, no echamos ya de ver en ello, ni nos espanta ya este mónstruo, ni nos causa admiracion, que es otra lástima mayor. De Diógenes se cuenta, que anda-

ba al medio del dia por la plaza de Atenas con una candela buscando; y preguntándole qué buscáis, ando, dice, buscando á ver si hallo algun hombre. ¿Pues no veis la plaza llena de ellos? Esos, dice, no son hombres, sino bestias, porque no viven vida de hombres, sino de bestias, rigiéndose y guiándose por sus apetitos bestiales.

San Agustín (1) trae otra comparacion graciosa, pero muy propia, y que declara muy bien esto: *Qualis est in oculis hominum qui inversis pedibus ambulare videtur, talis est in oculis Angelorum, cui caro propria dominatur*. ¿Qué tal parece delante de los hombres el que anda los piés arriba y la cabeza abajo? Ese es matachin, cosa de farsa y de risa. Pues tal, dice, es en los ojos de Dios y de los Ángeles aquel en quien la carne es la señora, y la razon la esclava; ese anda al revés, los piés arriba y la cabeza abajo. Pues ¿quién no se afrentará de esto? Que aun allá Séneca lo sintió, y dijo divinamente, epist. 65: *Major sum, et ad majora genitus, quam ut mancipium sim mei corporis*: Mayor soy, y para mayores cosas nací, que para ser esclavo de mi cuerpo: sentencia digna de que el religioso y cualquier cristiano la tuviese impresa en su corazon. Si un gentil con sola la luz natural alcanzó á sentir y afrentarse de esto, ¿qué será razon que haga un cristiano ayudado de la luz de la fe, y un religioso prevenido y fa-

(1) August. serm. 50 ad Frat. in erem.

vorecido con tantas bendiciones y regalos de Dios? Y así dice san Agustín (1), que el que no se afrenta de esto ó no lo siente, tiene pervertida la razon, y ese será otro mónstruo mas digno de admiracion, que esté uno hecho bestia, y no sienta ni eche de ver en ello.

Un filósofo (2) cuenta de sí, que siendo él muchacho vió un hombre que iba con mucha prisa á abrir una puerta con una llave, y le aconteció muy al revés; porque no podia abrirla por mucho que lo procuraba, y como él iba con tanta prisa, y no podia hacer nada, tomó tanto coraje é ira con aquello, que comenzó á morder la llave con los dientes, y á dar coces en aquellas puertas, y no paró ahí, sino que comenzó á decir blasfemias contra Dios, y á echar espumarajos por aquella boca, como loco furioso, que los ojos parecia que se le querian saltar de coraje. Dice este filósofo, que como vió esto, concibió en sí tanto odio y aborrecimiento contra el vicio de la ira, que de allí adelante nunca nadie le vió enojado, por no verse en otra semejante. Todo esto nos ha de ayudar á vivir como hombres de razon, y no dejarnos llevar de los apetitos de la carne. San Jerónimo sobre aquello de Job, cap. 1, v. 1: *Vir erat in terra Hus nomine Job*, dice: este era varon; y da la razon que habemos dicho: *Non enim*

(1) August. lib. cont. mendacium.

(2) Galen. de cognoscend. et curand. animi morb.



*terra carnis ejus animam ipsius su-  
perabat, sed imperantis animi con-  
silio cuncta faciebat*: Porque no era  
la carne la señora y la que mandaba,  
sino tenía la sujeta y rendida, y to-  
do cuanto hacia iba nivelado con el  
peso de la razón, conforme á aque-  
llo de la Escritura: *Sub te erit ap-  
petitus ejus, et tu dominaberis il-  
lius*. Genes. IV, v. 7.

## CAPÍTULO X.

*Que es mayor trabajo no tratar uno  
de mortificarse, que el tratar de eso.*

Podrá alguno decir: bien veo el  
provecho y necesidad de la mortifi-  
cación, pero póneseme delante  
la dificultad y el trabajo, y eso  
me retrae de ella. Á esto digo lo  
primero con san Basilio (1): Si por  
la salud corporal recibimos de bu-  
ena gana medicinas muy amargas,  
y consentimos que el médico ó  
cirujano corte y queme por donde  
le parece: y si por la hacienda y  
dinero acometen los hombres tan  
grandes dificultades y peligros por  
mar y por tierra; por la salud es-  
piritual de nuestra alma, y por al-  
canzar los bienes eternos de la glo-  
ria, razón será acometer alguna  
dificultad, y ponernos á algun tra-  
bajo.

Pero porque al fin naturalmente  
somos amigos de huir del trabajo,  
y ya que forzosamente hayamos de  
padecer algo, querríamos que fue-  
se lo menos que pudiese ser; digo

(1) Basil. in reg. fusius disp. II.

lo segundo, que es mayor trabajo  
el andar uno huyendo de la mortifi-  
cación que el mortificarse. Dice  
san Agustín (1): *Jusisti Domine, et  
sic est, ut pena sua sibi sit omnis ani-  
mus inordinatus*: Mandástelo, Se-  
ñor, y verdaderamente ello es así,  
que el ánimo desordenado sea tor-  
mento y pena de sí mismo. Ese des-  
orden que trae uno dentro de sí del  
apetito á la razón, y de la razón á  
Dios, causa en el hombre un tor-  
mento y desasosiego grande; y  
esto es general en todas las cosas,  
porque ¿qué cosa hay en el mundo  
que estando desordenada no esté  
naturalmente inquieta y descon-  
tenta? El hueso que está fuera de  
su juntura, ¿qué dolores causa? El  
elemento que está fuera de su lugar  
natural, ¿qué violencia padece?  
Pues como sea cosa tan propia y tan  
natural al hombre racional vivir se-  
gun la razón, cuando viviere des-  
ordenadamente y fuera de razón,  
¿cómo no ha de reclamar su misma  
naturaleza, y darle latidos su pro-  
pia conciencia? Muy bien dijo el  
santo Job, IX, v. 4: *Quis restitit  
ei, et pacem habuit?* ¿Quién jamás  
resistió á Dios y vivió en paz? Que  
no puede haber paz ni descanso vi-  
viendo de esa manera; y así san Juan  
en el Apocalipsi, XIV, v. 11, dice,  
que los que adoraban la bestia no  
tenían holganza de día ni de noche:  
*Nec habebant requiem die, ac noc-  
te, qui adoraverunt bestiam, et ima-  
ginem ejus*. Si servís á esa bestia  
de nuestra carne y sensualidad ja-

(1) August. lib. I Confes. cap. 12.

más tendréis descanso y sosiego.

Dicen allá los médicos que la sa-  
lud y buena disposición del cuer-  
po consiste en la templanza y pro-  
porción de los humores; y así  
cuando ellos están fuera de aque-  
lla proporción y templanza natural  
que habian de tener, causan enfer-  
medades y dolores; y cuando es-  
tán bien templados y proporcio-  
nados, hay salud, y causan exte-  
riormente alegría y vigor corpo-  
ral: así la salud y buena disposi-  
ción de nuestra alma consiste en la  
proporción y moderación de nues-  
tras pasiones, que son sus humo-  
res: y cuando estas no están tem-  
pladas y mortificadas, causan en-  
fermedades espirituales; y cuando  
lo están, hay en el alma salud y  
buena disposición, la cual causa  
en el que la tiene una alegría y so-  
siego grande.

Mas dicen, y muy bien, que las  
pasiones de nuestro corazón son lo  
que los vientos en la mar, porque  
así como los vientos alborotan y  
desasosiegan la mar, así las pasio-  
nes alborotan y desasosiegan nues-  
tro corazón con sus desordenados  
apetitos y movimientos. Yase levan-  
ta la pasión de la ira, que nos tur-  
ba y desasosiega, ya corre el vien-  
to de la soberbia y vanagloria, ya  
nos lleva tras sí la impaciencia y  
envidia, por lo cual dijo el pro-  
feta Isaías, LVII, v. 20: *Impii au-  
tem quasi mare fervens quod quies-  
cere non potest*: Los malos son  
como la mar cuando anda desa-  
sosegada con tormenta; pero en

sosegándose los vientos, luego hay  
bonanza en la mar: *Imperavit ven-  
tis, et mari, et facta est tranquilli-  
tas magna*. Matth. VIII, v. 26. Así si  
vos sabéis mandar á los vientos de  
vuestras pasiones y apetitos, y ha-  
cer que se sosieguen, mortificán-  
dolos y moderándolos con la razón,  
luego habrá grande tranquilidad y  
paz; pero mientras no tratáreis de  
eso, habrá tormenta.

Para que mas claramente se vea  
que lleva mayor trabajo y mas pe-  
sada cruz el que huye de la mor-  
tificacion que el que se mortifica,  
descendamos á casos particulares,  
en lo que experimentamos cada  
día. Mirad cuál quedais cuando os  
dejásteis llevar de la pasión de la  
ira ó impaciencia, y dijisteis á  
vuestro hermano alguna palabra  
airada, ó hicisteis otra cosa des-  
compuesta y desedificativa: ¿qué  
tristeza, qué desasosiego, qué in-  
quietud y pesadumbre teneis con  
vos! Decidme si es mayor la pena  
y trabajo que sentís en eso, que la  
que pudiérais sentir en haberos  
mortificado. No hay duda en eso.  
Mas: mirad los temores y sobresal-  
tos que tiene un religioso inmortifi-  
cado, que no está indiferente y re-  
signado para cualesquiera cosas  
que la obediencia quisiera hacer de  
él; una sola cosa á que tenga repug-  
nancia basta para que ande siem-  
pre con pena y dolor; porque  
aquella es la que siempre se le po-  
ne delante y en primer lugar, y  
aunque á los superiores no les pa-  
se por el pensamiento ocuparle en



aquello, como al fin es cosa que puede ser, y se suele mandar, y él no sabe lo que será, siempre anda con temor y sobresalto si le han de mandar aquello. Es como cuando uno tiene una herida en el pié, que todo le parece que le va á dar allí. Así todo le parece al inmortificado que le va á dar allí á donde le duele; pero el religioso mortificado, indiferente y resignado para todo, siempre anda contento y alegre, y no tiene que temer. Mas considerad la pena y desasosiego que traerá consigo el que fuere soberbio, cuando se viere arrinconado y olvidado, y que no hacen caso de él, y que no le encomiendan cosas de lustre y de honra como él deseaba, y mirad el temor y congoja con que anda tambien cuando se las encomiendan, y cuando ha de hacer alguna cosa pública, sobre cómo le ha de suceder, y si ha de sacar por ventura deshonor de donde él pensaba sacar honra. Por todas partes le aflige y atormenta su soberbia y miserable estado, y así es generalmente en todas las demás cosas. Vuestros pasiones son vuestros verdugos y sayones, y que os atormentarán perpétuamente, mientras no tratáreis de mortificarlas: y esto es verdad, ahora se cumpla lo que uno quiere, ahora no; porque mientras no se cumple aquel deseo que se dilata, aflige y congoja su ánima: *Spes quæ differtur, affligit animam.* Prov. XIII, v. 12. Y cuando viene á cumplir su deseo y hacer su

voluntad, aquello mismo le da tambien pena y tormento; ¡oh! ¿que haces tu voluntad? al fin saliste con la tuya, no mereces nada en esto, pues lo haces por tu gusto, y porque tú lo quisiste; todo se te vuelve en acibar.

Añádese á esto el remordimiento de la conciencia que trae consigo el que no trata de su mortificación, ni hace lo que debe; porque ¿qué contento puede tener un religioso que no vino á la Religión á otra cosa sino á tratar de su aprovechamiento, y á buscar la perfección, si no trata de eso? Claro está que ha de andar con pena y con dolor, y lo mismo podemos decir de cada uno en su estado; porque el gusano roedor de la conciencia que traemos con nosotros, en no haciendo lo que debemos, nos está remordiéndolo y royendo las entrañas. Dice muy bien el P. M. Ávila, lib. Epist.: Poned en una balanza los trabajos que se pueden pasar, siendo uno diligente, y viviendo en fervor, y tratando de su mortificación; y en otra los que pasa el tibio é inmortificado, porque no quiere pasar estos; y hallaréis que son los de este mil tanto mayores que los de aquel. Cosa es esta maravillosa, que halla mas deleite y contento el que sirve al Señor con diligencia en velar y orar, y en todo lo que se ofrece de trabajo y mortificación, que el tibio y flojo en hablar y pasar tiempo, y en regalarse y hacer su voluntad. Riéndose está el tibio

por defuera, y carcomiéndose de dentro, y llora el justo, y alégrase en el corazón: *Iter pigrorum quasi sepes spinarum.* Prov. XV, v. 19. El camino de los tibios y perezosos, dice el Sábio, es como quien anda sobre espinas. Lo que dijo Dios por el profeta Oseas, II, v. 6: *Ecce ego sepiam viam tuam spinis:* Yo cercaré tu camino con espinas. En los deleites puso Dios tristes remordimientos de conciencia, y en los pasatiempos amargura, y en hacer uno su voluntad dolor y tormento; ahí halla el tibio y perezoso espinas que punzan y atraviesan su corazón; pero el camino de los justos es llano y sin tropiezo alguno: *Via justorum absque offendiculo.* Prov. XIV, v. 19. ¡Oh qué paz y contento tiene un buen religioso mortificado, y que anda con cuidado en su aprovechamiento, haciendo lo que debe á buen religioso! No hay contento que se le iguale. Cada día experimentamos esto, que cuando andamos con diligencia en el servicio de Dios, estamos muy alegres y contentos, y cuando andamos tibios y descuidados, estamos tristes y desconsolados. Esa es muchas veces la causa de nuestras tristezas y desconsuelos, como diremos en su lugar, *trat.* 6, c. 4 y 6. De manera, que por huir los trabajos menores viene uno á caer en otros mayores: *Qui timet pruinam, irruet super eum nix,* Job, VI, v. 16, dice Job, huís del frío, y cargará sobre vos la nieve. Decíais que por huir el trabajo dejábais de morti-

ficaros: yo digo, que aunque no fuese sino por eso mismo, habíais de procurar mortificaros para vivir con paz y sosiego, aunque no hubiera en ello otro bien, cuanto mas habiendo tantos.

## CAPÍTULO XI.

*Comiéntase á tratar del ejercicio de mortificación.*

El principal medio que podemos poner de nuestra parte para alcanzar esta mortificación y victoria de nosotros mismos es ejercitarnos mucho en negar nuestra voluntad, y contradecir nuestros apetitos, y no dar gusto á nuestra carne, ni dejarla salir con la suya; porque de esta manera se va poco á poco venciendo la naturaleza, y desarraigando el vicio y la pasión, é introduciendo y criando la virtud. San Doroteo (1) da acerca de esto un aviso muy provechoso. Cuando sois molestados de alguna pasión ó inclinación mala, si condescendeis con vuestra flaqueza, y quereis poner aquello por obra, entended, dice, y tened por cierto, que con eso la pasión y mala inclinación quedará mas arraigada y mas fuerte, y así os hará mayor guerra, y os afigirá mas de ahí adelante. Pero si resistís varonilmente á la pasión y mala inclinación, con eso se irá ella disminuyendo, y teniendo cada día menos fuerza para

(1) S. Doroth. serm. seu doct. 15 in Biblioth. Sanct. Patr. tom. 3.